



“Una sociedad vive más cohesionada si está reconciliada”

Entrevista a Kristian Herbolzheimer

Mauricio Hernández Pérez¹

DOI: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2015.1.a12>

Dos años llevan en La Habana con el cuento de la paz, escamoteando desde el principio, deliberadamente, el punto esencial, el de si van a pagar cárcel por sus crímenes los delincuentes de las FARC. Si sí, cuánto y en qué. ¿En años, o en milisegundos? ¿Por qué lo están dejando para el final? Para embrollar y diluir la infamia contando con la olvidadiza memoria humana. Nada van a pagar. Se reintegrarán a la sociedad como los reinsertados de Uribe, que siguen delinquiendo, y formarán un nuevo partido, el de Justicia y Libertad, para sumárselo al Liberal, al Conservador, al de la A, al de la B, al de la C, al de la U, a la Alianza Verde, al Polo Democrático, al Centro Democrático, a la Opción Ciudadana, al Cambio Radical, y se pegarán de la ubre pública como los de todos estos... Juan Manuel Santos es el más grande bellaco de la Historia de Colombia, y estas jornadas por la paz una farsa.

(Vallejo, 2015)

Introducción

Las anteriores palabras, pronunciadas al mejor estilo de Fernando Vallejo en el marco de la cumbre mundial de Arte y Cultura para la paz de Colombia, realizada en Bogotá en abril de 2015, trajeron consigo fuertes reacciones por parte de diferentes sectores de la sociedad colombiana y de la opinión públi-

ca. Para algunos, la posición del escritor (y la forma en que se expresó) no contribuyen al proceso en tanto lo que queda dispuesto en la intervención es una carga de odio y de desconocimiento a los avances que se han tenido en las conversaciones en La Habana que en nada aporta a la construcción de paz. Para otros, por el contrario, la posición de Vallejo condensa su valoración que tienen frente al proceso mismo.

El episodio refleja, en parte, las tensiones cosechadas por sectores diferenciados a lo

¹ Coordinador de la línea de investigación en Memoria y Conflicto del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano – IPAZUD- de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: mahernandezpe@gmail.com





© IPAZUD

largo de los múltiples ciclos de conversaciones sucedidos en La Habana; pero adicionalmente nos presenta los retos a los que, como sociedad y en medio del disenso, nos veremos enfrentados ante una eventual firma de un acuerdo de paz entre las FARC y el gobierno nacional.

En diálogo con Ciudad paz-ando, Kristian Herbolzheimer, Director de programas para Filipinas y Colombia de Conciliation Resources, experto en análisis de conflictos, y quien ha acompañado procesos de paz en Colombia, Filipinas, Sahara Occidental, País Vasco y otros lugares del mundo, en su visita a Colombia en noviembre de 2014, nos presentó algunos balances sobre el proceso de paz en La Habana, los retos que en materia de posacuerdo se tendrían que enfrentar y algunas reflexiones sobre los temas que aun se encuentran en juego en perspectiva de reconciliación y construcción de paz.

Mauricio Hernández (M.H): Kristian, la primera pregunta es de orden conceptual. ¿Cómo referirnos apropiadamente a la situación de Colombia en el futuro: pos acuerdo o post-conflicto? La distinción no es solo semántica.

Kristian Herbolzheimer (K.H): Ambos. El post-conflicto no empieza con la firma del acuerdo. Con lo cual, después de la firma del acuerdo no estaremos en post-conflicto, estaremos en situación de posacuerdo. Sin embargo, en el “enroque” temporal de las políticas que hay que diseñar para procurar una transición desde la guerra hacia la paz, yo creo que sí se puede hablar de un horizonte de post-conflicto. En cierta manera se podría afirmar que el post-conflicto comienza su diseño antes de la firma de un acuerdo porque, en cierta manera, el post-conflicto se activa antes del posacuerdo.



(M.H): Frente a lo que se ha avanzado hasta el momento en la agenda de negociación, ¿qué se podría señalar como positivo? ¿Qué balance se puede hacer del proceso de paz de La Habana en comparación con el proceso de paz del Caguán?

(K.H): El balance es positivo y esperanzador. Yo creo que si se le preguntara al conjunto de la población, es decir, si se planteara el escenario actual que vivimos al conjunto de la población de hace tres años, éste no creería que estos avances fuesen posibles.

Que se hubieran acordado tres puntos, y que grupos de víctimas diversas viajaran juntas a La Habana para ser escuchadas al mismo tiempo por el gobierno y por las FARC, eso hubiera sido completamente inimaginable; y el hecho que se haya dado para mí esta situación, constituye un gran indicador de avance. Yo creo que este proceso avanza a pesar de las dificultades porque ha aprendido de los errores de procesos anteriores y muy especialmente del proceso del Caguán. Y la principal diferencia frente a este último es que ahora se cuenta con un objetivo mucho más modesto. El objetivo en el Caguán era transformar el país; por lo tanto, la agenda era extremadamente amplia, mientras que aquí, en el proceso actual, el objetivo es terminar la guerra por lo que la agenda es mucho más acotada. Por otra parte, en el Caguán, tanto la guerrilla como el gobierno se atribuían la legitimidad para negociar en nombre de la población, y yo creo que en estos momentos, tanto las FARC como el gobierno son conscientes de que los mecanismos de transformación que necesita el país requieren de una participación mucho más amplia y que ellos no son los únicos voceros del conjunto de la sociedad.

(M.H): Hablando de participación, el involucramiento, en su momento, de militares en la mesa y que ellos tuviesen algo que decir en este proceso, ¿Qué opinión le amerita a Kristian esto y ve necesario que se involucren militares en una mesa de diálogo en una situación tan particular como la colombiana? Lo pregunto porque no dejan de haber diferencias por parte de diferentes sectores con respecto al papel de las fuerzas armadas estatales dentro del proceso.

(K.H): Es muy importante que esté la fuerza pública participando en las negociaciones de paz; ahora bien, siempre y cuando entendamos que su participación aporta conocimiento y no esté, por el contrario, condicionando el proceso mismo. Siempre y cuando las negociaciones estén dirigidas y coordinadas por el gobierno, la fuerza pública tiene mucha experiencia que aportar sobre varios de los temas que se discuten, y principalmente el que está enfrentando ahora que es la fase final de dejación de armas y de reintegración de las FARC.

(M.H): Específicamente, ¿qué podrían aportar los militares?

(K.H): Aportan dos cosas. Mejor, aportan una cosa y su presencia contribuye a otra. Aportan el conocimiento que no tiene un civil sobre aspectos operativos del proceso de dejación de armas y de transición, y su presencia aporta transparencia para un sector fundamental como lo es la fuerza pública, y a través de esa transparencia, la necesaria construcción de confianza en el proceso. Una confianza que es imprescindible para que no se sientan utilizados, manipulados por el gobernante de turno que en algún



momento ordena guerra y acaba con los terroristas y unos años después no odia a los terroristas y abre el escenario para hablar de paz. Desde esta perspectiva hay que entender que es normal que los militares no se quieren sentir utilizados. En este orden de ideas, su presencia aporta transparencia y a través de ella la confianza que necesitan.

(M.H): Precisamente en esa búsqueda de confianza y mirando hacia futuro, en una proyección hacia unos cinco o 10 años: ¿estará la sociedad colombiana preparada para la reconciliación? Algunos estudios y encuestas muestran que hay más posibilidad de reconciliación en las regiones afectadas directamente por el conflicto, mientras que quienes nos encontramos en la periferia del conflicto armado, en las grandes ciudades, somos más reacios frente a los temas de reconciliación e incluso frente al proceso de paz mismo.

(K.H): La reconciliación es un proceso personal que puede ser rápido pero también puede ser muy demorado. Es un componente fundamental en un proceso de paz que no viene condicionado por un acuerdo ni por lo que se diga desde una mesa de negociación. Una sociedad vive más cohesionada si está reconciliada, pero hay sociedades que demoran años y generaciones en reconciliarse. Entonces nos encontramos ante una importante labor de pedagogía de construcción de paz, sobre todo para responder a esa paradoja que los que han sufrido la guerra están más preparados para la reconciliación que quienes no la han sufrido. Entonces allí hace falta una labor importante de pedagogía hacia la paz. Si la misma se encuentra bien diseñada tendrá logros destacados, de lo contrario, habrá un sector importante en la población que no

entenderá nunca por qué y para qué se hizo este proceso. Pero la razón de esperanza que mantengo, a pesar de esa advertencia sobre el riesgo de que no se produzca reconciliación, es que en el fondo el país - en su conjunto- se beneficiará con el fin de la guerra. De esta manera, no se trata tanto de reconciliación, si estamos hablando de los sectores que no la han sufrido, sino de aprobación o no aprobación al proceso de negociación, lo cual es diferente.

(M.H): ¿Cómo sería esa pedagogía para la paz? Porque hablamos de diferentes niveles: hablamos de una pedagogía desde la niñez, desde el hogar, desde las escuelas y desde las universidades.

(K.H): Tal vez otro nombre para la pedagogía para la paz y que podría ser más ilustrativo sería pedagogía para la convivencia, o pedagogía para el respeto. Yo creo que Colombia tiene amplias experiencias pedagógicas, y muy singularmente Bogotá en donde ha habido varios alcaldes que adoptaron seriamente el respeto por el espacio público, el respeto entre personas y que han trabajado por la convivencia, que en el fondo no es más que normalizar un comportamiento ético que depende de las decisiones que tome cada quien.

A mí me llama mucho la atención el pacto ético para un país en paz que diseñó el *Colectivo de Pensamiento y Acción Mujeres, Paz y Seguridad*², que saluda las negociaciones de La Habana como un desarrollo muy importante, pero que a la vez resalta los cambios que hacen falta implementar: estructurales, del país, del Estado; e igualmente los cambios individuales que tenemos que hacer junto con

2 Disponible en: <http://pactoetico.org/>



cambios colectivos dentro de nuestras organizaciones o nuestro tejido asociativo, colectivo o familiar.

Este llamado a un pacto ético a mí me parece que toca un punto clave, y ahí nuevamente pongo un ejemplo que para mí es un indicador preocupante. En la cultura profunda colombiana está muy arraigado el “todo vale”, y la máxima expresión cultural del todo vale es la conocida “ley de la papaya”. La ley de la papaya esencialmente es justificar una acción que no es correcta atribuyendo la responsabilidad a la otra persona; a la víctima. Es horrible, pero a la vez chistoso y está comúnmente aceptada. Yo creo que un indicador de desarrollo significativo en la construcción de paz es que la ley de la papaya forme parte del legado cultural de cosas que se hacían antes en tiempo atrás, pero que hoy en día se torna inadmisibles justificar algo así. Trabajos de este orden se demorarán y tomarán años, pero vale la pena realizarlos.

(M.H): Sobre el tema de las víctimas en Colombia, y todo el proceso que esto ha tenido, recordemos que cursa una ley de víctimas y un proceso de restitución de tierras, ¿qué valoración hace usted sobre el conjunto de acciones y de política pública que alrededor de las víctimas se están realizando en nuestro país?

(K.H): Yo creo que se ha llevado de una forma bastante ejemplar. Poner a las víctimas en el centro de la construcción de paz es un mérito; primero, de las víctimas mismas por sus campañas de reivindicación de derechos y su disciplina en este trabajo; pero, segundo, el trabajo por las víctimas es ahora una política fundamental de las negociaciones de paz y este desarrollo es positivo y ha sido constructivo porque las víctimas han recla-

mado derechos y no han exigido venganza. Las víctimas, por otra parte, tienen una visión de futuro y de no repetición; no tanto de condena a los victimarios que, en últimas, podría conducir a que se mantengan los ciclos de violencia. Ha sido esa actitud constructiva y no vengativa la que les ha permitido jugar el papel que juegan ahora.

En otros contextos, como el caso específico de España en relación al país Vasco, ha sido mucho más complejo porque dentro de la diversidad del ámbito de las víctimas ha habido sectores importantes que se han atribuido vocerías y que han jugado a una determinada estrategia política que iba en directa oposición a diálogos y procesos de paz. Allí las víctimas, en vez de convertirse en un eje regenerador y legitimador del proceso de paz, se convirtieron en un obstáculo.

(MH): ¿Y con el tema de la verdad? ¿Cómo ve este tema frente a un eventual posacuerdo?

(K.H): Pues es algo nuevo y veo unos avances espectaculares. Se está difundiendo un ejercicio impresionante que lideró la Ruta Pacífica de las Mujeres (2013) en el que se han documentando mil casos de mujeres víctimas de todas las formas de violencia por parte de todos los actores armados. A partir de ejercicios como éste, se está generando un debate sobre qué se entiende por verdad; si hay una verdad o múltiples verdades, y qué papel debe jugar la verdad en nuestro proceso de paz. Este es un debate extraordinariamente sano y necesario que debe realizarse antes de la firma de un acuerdo de paz. Todos estos debates son bienvenidos en la medida en que aportan, y la sociedad va, mediante estos debates, a determinar por sí sola cuánta verdad y qué tipo de verdad queremos y necesitamos.





© IPAZUD

(M.H): Ahora, ¿tanta verdad cuanto necesitamos? porque algunos sectores sostienen que no necesitamos tanta verdad.

(K.H): Bueno es que ahí también no hay recetas universales. Hay personas que quieren saber exactamente lo que le pasó a un familiar o a un amigo hasta el último detalle, pero también hay personas que no. De nuevo, son las víctimas las que determinan cuánta y qué tipo de verdad quieren y necesitan, y no todas las víctimas tienen la misma opinión.

(M.H): En términos de justicia, ¿qué se podría esperar, o qué modificaciones o reformas son necesarias? toda vez que el aparato de justicia en Colombia ha demostrado ineficacia e ineficiencia.

(K.H): Bueno, recordemos que es ante las ineficiencias y las limitaciones del aparato de justicia, junto con la gravedad en la dimen-

sión de las violaciones de derechos humanos, que se crean mecanismos de justicia transicional. Ante una situación que desborda completamente la capacidad de los mecanismos institucionales normales se hace necesaria la creación de mecanismos alternativos. Es frente a esta situación donde el país tiene que discutir cuáles son sus expectativas de justicia y qué entiende por justicia. Tradicionalmente, justicia se ha asociado a castigo, a condena y a cárcel, y yo creo que el debate de justicia transicional va a permitir a Colombia identificar otras concepciones de justicia que no sean únicamente cárcel.

(MH): ¿Pero esas connotaciones de justicia no son más culturales? Recordemos, por ejemplo, casos que se han sucedido en Colombia en el que comunidades indígenas han recurrido a mecanismos propios para impartir justicia y que han ocasionado “choques” e incompatibilidades



con los mecanismos de justicia adoptados a nivel nacional.

(K.H): Hay choques en todos los frentes: nacional, regional, internacional, interétnico y de las propias víctimas. Una víctima querrá que, por ejemplo, si se sabe quién fue el victimario que este pague cárcel, otra querrá pena de muerte, y para otra bastará que se sepa por qué hizo o cometió el delito y que lo reconozca públicamente y pida perdón pues ya con esto la pena quedaría resarcida.

El reto es encontrar un mecanismo que responda, de nuevo, a las necesidades de las víctimas dentro de un orden jurídico. La cárcel de 60 años que otorgan los indígenas a miembros de las FARC no es algo aceptable³. Hay que crear un mecanismo para ver cómo se hace. Ahora, yo creo que los pueblos indígenas tampoco es que quieran tener a los acusados durante 60 años en la cárcel. Llama mucho la atención la condena, pero seguro los indígenas mismos tendrán sus propios mecanismos para cambiar esa condena tan larga en el tiempo. Lo que es cierto es que impera mucho en la opinión pública la idea de que si los victimarios no van a la cárcel es porque hay impunidad y el debate debe abrirse y examinar otras formas de justicia que no sean la cárcel. Yo creo que además el tema de la cárcel, independientemente de un proceso de paz y un proceso de justicia transicional en el actual sistema penitenciario, ha demostrado serias fallas; las cárceles en muchas ocasiones no son el espacio de reflexión, arrepentimiento, corrección e integración a la sociedad civil. Son más bien escuelas de delincuencia en las que se entra ladrón y se sale mafioso,

³ Se hace referencia aquí a la condena impartida por indígenas de la Comunidad Nasa en el Cauca en noviembre de 2014 a siete presuntos guerrilleros involucrados en el asesinato de Daniel Coicué y Manuel Antonio Tumiña.

razón de más para reflexionar críticamente sobre qué entendemos por justicia transicional.

(M.H): Este es, precisamente, uno de los debates abiertos frente al denominado marco jurídico para la paz sobre el que, en este momento, no se conocen máximos detalles.

(K.H): Pero fíjate cómo se van acercando posiciones que hasta hace poco eran irreconciliables. Desde el mundo de los derechos humanos se entiende que los agentes del Estado tienen responsabilidades diferenciales respecto a actores ilegales y que por lo tanto las penas sobre crímenes cometidos por agentes al servicio del Estado deben ser diferentes y mayores que las que afecten a los guerrilleros. Esto ha evolucionado, y poco a poco se va creando un entendimiento, una sociedad e incluso unos ámbitos mucho más especiales frente a los mecanismos de verdad, justicia y reparación, a un punto en el que exista un mismo criterio para todos los actores armados perpetradores de violencia.

(M.H): Una de las críticas que ha recibido el actual proceso de paz y que conduce hacia un escepticismo frente al mismo consiste en señalar que se está negociando en medio del conflicto sin un cese bilateral del fuego. ¿Considera usted que un cese bilateral es necesario para que el proceso sea exitoso?

(K.H): Sobre el cese bilateral yo no creo que necesariamente éste sea una condición imprescindible para un proceso de negociación; incluso puede ser contraproducente. La experiencia colombiana e internacional demuestra que cuando hay un acuerdo bilateral de cese al fuego, la discusión opera-



tiva y metodológica absorbe una cantidad ingente de tiempo y esfuerzo. En este orden de ideas, la verificación se convierte en un tema extremadamente complejo y frágil que se hace muy fácil vulnerar por cualquier opositor; por ejemplo, mediante la realización de un acto violento y que luego se le atribuya a uno de los actores, como ocurrió en el episodio del famoso collar bomba que hubo aquí en Colombia hace ya un tiempo.

Creo que no es necesariamente malo que no haya un cese bilateral del fuego; sin embargo, la adopción formal del mismo constituiría una medida de construcción de confianza tanto de la guerrilla como del ejército y que contribuiría a que disminuya la intensidad de la confrontación armada y, con ello, una disminución en los costes humanitarios.

(M.H): ¿Cuál sería el mecanismo refrendatorio más útil y favorable para el proceso de paz en Colombia? Lo pregunto porque si se tienen en cuenta experiencias como la de Guatemala, donde se realizó una consulta popular para refrendar las reformas constitucionales que habían emanado del proceso mismo, sabemos que el resultado no fue el mejor, lo cual puede dejarnos una suerte de incertidumbre para el caso colombiano.

(K.H): Hay que distinguir dos cosas. Cuando se acerque el fin de la guerra el escepticismo se reducirá, y creo que la discusión sobre el mecanismo a emplearse: si va a ser el plebiscito o el referendo u otro tipo de votación o sufragio es todavía un debate abierto. La constitución colombiana ofrece varias opciones que están por discutirse.

Por otra parte, se trata de una apuesta del todo o nada muy arriesgada. Mi propuesta concretamente sobre este punto es que Co-

lombia necesita un diálogo masivo, un diálogo nacional. ¿Qué es esto? Es un ejercicio donde el conjunto de la sociedad se plantea qué tipo de país quiere proyectado a 30 años y en el cual quepamos todos, porque hasta la fecha lo que hay en Colombia son visiones, múltiples visiones de país que no dialogan entre ellas, y que, por el contrario, detentan el poder la una sobre la otra.

Yo creo que una terminación del conflicto armado es una ventana de oportunidad única para propiciar una reflexión nacional y un horizonte común mejor para todas y para todos. Esa reflexión que puede durar uno o dos años es ya, en sí mismo, un ejercicio donde se toman en cuenta los acuerdos que hay, a lo que se pueda llegar con la insurgencia, y esa reflexión puede o no terminar o desembocar en una Asamblea Constituyente o en otros mecanismos que traigan consigo transformaciones estructurales en el país. Habría muchas fórmulas para llevar a cabo los diálogos nacionales, y yo creo que este es el ejercicio que necesita el país.

Ahora bien, preferiría plantear el debate más en términos de construcción de país; esto es, como un ejercicio participativo y colectivo que va más allá de la refrendación de un acuerdo el cual, en definitiva, no es más que un componente que hace parte de un proceso de paz.

(M.H): ¿Es optimista frente al proceso?

(K.H): Sí

(M.H): ¿Cree entonces que va a haber solución y cierre al conflicto armado en Colombia?

(K.H): Va a haber muchas dificultades. Posiblemente haya después de la firma de un acuerdo episodios de incremento de violen-



cia, pero yo creo que el conflicto armado como lo conocemos va hacia su terminación y se abrirán otras fases y retos para el país.

(M.H): La gran dificultad frente a esto es el eventual surgimiento de nuevos patrones de violencia al no contar con visiones o políticas claras.

(K.H): Por eso el otro mensaje es que no hay que ponerle tanta presión a La Habana para que lleguen a la firma del acuerdo. El efecto positivo que tienen las negociaciones de ahora es que se están llevando los debates

al conjunto del país sobre qué es lo que queremos. Si se sabe, por ejemplo, que hay un riesgo que salgan nuevos patrones de violencia cuando se firme el acuerdo, tomémonos el tiempo para prepararnos y prevenir esa posibilidad.

(M.H): Ya para finalizar, ¿con cuál frase usted condensaría la viabilidad de la reconciliación, el posacuerdo y el post-conflicto en Colombia?

(K.H): La paz es una responsabilidad colectiva que no se puede delegar ni dilapidar.



Referencias bibliográficas

- Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013). *La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá, Colombia: G2 Editores. Recuperado de <http://goo.gl/SZ4Hl5>
- Vallejo, F. (2015). *Declaración en la cumbre mundial de Arte y Cultura para la paz de Colombia*. Recuperado de <http://goo.gl/dqwjhP>

